

# LAS PURGAS

---

De niño eso de purgarse era un trago que había que pasar cada cierto tiempo cuando tu madre te administraba la cucharada de aceite de hígado de bacalao que sabía a rayos y que dejaba tus intestinos más limpios que una patena.

Pero no es mi intención en esta parrafada tratar este tipo de purgas si no a las que hace referencia la tercera acepción del diccionario de la RAE y que dice así: “Expulsión o eliminación de funcionarios, empleados, miembros de una organización, etc., que se decreta por motivos políticos, y que puede ir seguida de sanciones más graves”.

Las purgas más famosas y más contundentes, en el contexto que nos ocupa, fueron las que llevaron a cabo los “padrecitos” comunistas de la antigua URSS durante gran parte del siglo XX. El tal Lenin, que algunos quieren blanquear, fue un experto purgador que se llevó por delante de forma expeditiva a propios y extraños, es decir tanto a gente de su partido como a los que osaron oponerse a la bolchevización.

A su muerte la lucha por el poder propició a finales de los años treinta lo que con el tiempo se llamaría “La Gran Purga”. “El padrecito” Stalin, quizás el mayor asesino de la historia, se llevó por delante a todos sus competidores, algunos acabaron en los gulangs siberianos y otros muchos fueron ajusticiados para mayor gloria del comunismo, basta con decir que de los seis miembros que habían formado parte del politburó de Lenin sólo sobrevivió, curiosamente Stalin, cuatro fueron ejecutados y Trotski asesinado en el exilio.

China, Corea del Norte, Cuba y algunos paraísos comunistas siguen con esta afición y no es raro que por arte de birlibirloque ministros del régimen u otros prebostes destacados desaparezcan sin que se sepa dónde han ido a parar, sin olvidarnos del tal Putin otro purgador empedernido.

Purgar o quitar de en medio a competidores o a críticos no es solo patrimonio de los regímenes autoritarios, aunque estos lo hagan a lo bestia. En muchas democracias occidentales el abuso de poder que ejercen los partidos políticos hace que los órganos fundamentales del estado se conviertan en meros ejecutores de las decisiones que se toman dentro de esas entidades incluidos los órganos judiciales como está ocurriendo en nuestro país. Es lo que se llama “Partidocracia” una forma de oligarquía que tiende a hipertrofiar al Estado, a corromperlo y a desvincularse de la ciudadanía, ¿les suena?...

La fuerza de los partidos está en lo que sus líderes llaman unidad y que más bien podríamos llamar “borreguismo” que se sustenta en unos estatutos leoninos. Los militantes deben observar una sumisión absoluta hacia las decisiones de las cúpulas “partidíles” y cuidarse mucho de discrepar, especialmente en público, si quieren hacer carrera y vivir de la mamandurria pública. La democracia interna casi siempre brilla por su ausencia. La frase de Alfonso Guerra “el que se mueva no sale en la foto” es todo un compendio de la esencia de la partidocracia.

Son precisamente esos estatutos leoninos de los partidos los que regulan y dan legitimidad a las purgas de aquellos militantes que osan contradecir o refutar las decisiones del “senedrín” respectivo.

Naturalmente estas purgas tienen más o menos transcendencia mediática según el estatus del militante en cuestión ya que en ocasiones son “desterrados” militantes de base sin que trascienda casi a la opinión pública. Últimamente las expulsiones de algunos militantes del PSOE como D. Joaquín Leguina o D. Nicolás Redondo (creo que el Sr. Bal y el Sr. Igea de Cs también han sido defenestrados) han puesto en candelerero de nuevo las purgas que realizan los partidos para eliminar a aquellos militantes que tienen la mala costumbre de pensar, de tener criterios y de contradecir al “querido líder” cuando sus decisiones pueden resultar nefastas para el propio partido y sobre todo para España.

El expediente y la expulsión no es la única manera de purgar al militante díscolo, algunos partidos utilizan la técnica de ir

arrinconando y aburriendo a los militantes “revoltosos” hasta que consiguen que se auto-purgen es decir que se vayan asqueados. Estos, generalmente, suelen ser “gente pensante” que no necesita de la mamandurria pública y que prefieren la honra a los barcos.

Nuestro país no sé si alguna vez fue una democracia, pero de lo que no me cabe la menor duda es que ahora es una partidocracia. Los partidos políticos son una especie de secta que premia a sus miembros (gracias al poder que les da la propia Ley electoral), aunque sean analfabetos funcionales, con cargos públicos sobradamente remunerados siempre que acaten con disciplina las consignas que emanen de los órganos superiores; nada se cuestiona, en nada se discrepa y no te preocupes que el partido velará por ti.

Ser purgado por discrepar da prestigio al purgado e ignominia al purgador. Mostrar el desacuerdo cuando proceda de forma razonada y con argumentos debería ser valorado en lugar censurado. Lo que hay que desterrar es el “lameculismo” de los que sólo aspiran a vivir de la mamandurria pública capaces de cualquier felonía con tal de seguir chupando del cargo.

Púrguese a los arribistas, a los inútiles, a los chorizos, a los pelachufas, a los pelotilleros, a los serviles y mentecatos, que son muchos créanme y no a los que, como decía más arriba, tienen la mala costumbre de pensar y de tener espíritu crítico.

Damián Beneyto